

Sobre el status científico del marxismo

Alejandro Dorna y Horacio Hormazábal

Alejandro Dorna: Psicólogo chileno. Actual profesor de la Universidad de París.
Horacio Hormazábal: Sociólogo chileno. Investigador del Instituto de Altos Estudios de América Latina, París.

Hacer de las contradicciones, esperanza. He allí, una fórmula plena de buena fe. Nada nos autoriza a creer; pero tampoco a no hacerlo. La cuestión es, más bien, si estamos dispuestos a dar un paso a fin de disminuir la distancia entre nuestras intenciones y los hechos. Y para lograrlo, la tradición nos invita a hacer un análisis en términos globales, en busca de los ejes centrales y, como nos recomendaría un ideólogo hace algunos años, a identificar las "fuerzas centrípetas y centrífugas" que operan en el "sistema". Dicho esquema, presupone una suerte de reconstrucción teórica existente y sobre todo consistente, capaz de desentrañar el sentido que poseen los "porfiados hechos", una lógica (dialéctica) descriptiva y, al mismo tiempo, demostrativa, una argumentación revelada y reveladora, liberada y liberadora. Para muchos, en el seno de la izquierda, la referencia fundamental en términos de esquema y que no plantea mayores cuestionamientos, se construye sobre la base del marxismo. En consecuencia el esfuerzo a realizar, consiste en aplicar inteligentemente las categorías de análisis que nos proporciona él mismo.

La fórmula, sin ser nueva, aún suscita confianza entre los marxistas actuales. Bettelheim (1980) ha lanzado una vez más la tabla de salvación: reconstruir el marxismo y una problemática revolucionaria. Para dicho autor, la crisis del marxismo sería una falacia, pues "el marxismo" (en singular) no existe. Por el contrario habría "marxismos", los que reflejan, con mayor o menor fidelidad, el pensamiento y la obra de Marx.

El camino consiste en "entrar directamente en la vía, abierta por Marx, del desarrollo del conocimiento científico, la crítica de las transformaciones sociales y sus exigencias, a fin de ayudar lo más posible a los hombres a hacer su propia historia en conocimiento de causa".¹

Sin embargo, los resultados poco se compadecen con el despliegue de energía y originalidad intelectual con los cuales se ha enfrentado la tarea. Una especie de imposibilidad a lo Sísifo mantiene el ritmo y la constancia en dicha creencia, pese a las evidencias empíricas que se acumulan en su desmedro.²

¹ Ch. Bettelheim (1980), "Marx et le moment actuel", Le Monde, 29-4-1980.

² El análisis de esta actitud francamente religiosa del socialismo y en particular dentro de la doctrina marxista ha sido descrita lúcidamente por Schumpeter en su obra "Capitalismo,

Desde otro punto de vista podríamos considerar, como diría Cioran, que el estado natural de la esperanza es el delirio. Y nada más arduo y fastidioso que pretender introducir juicios de realidad a quienes han forjado un sistema totalizante e ingenioso, irreductible a los hechos; aunque fuertemente inspirado en ellos, capaz de explicar todo y curiosamente insensible a la predicción. En ese sentido, la pre-construcción teórica, mientras más universal y completa, menor posibilidad tiene de ser sometida a la prueba concreta, es decir, al confrontamiento con los datos empíricos de la práctica. Así, nuestra concepción del mundo ("todopoderosa porque es verdadera") nos hace refugiarnos en la caverna de Platón, de la cual se suponía habíamos emigrado definitivamente.³

Extraer algunas conclusiones, pone en el primer plano el status epistemológico de la (s) teoría (s) marxista-leninista (s), pues en el presente nos parecen inexcusables las opiniones en torno a evitar enfrentar este problema. Por ejemplo, argumentar que el marxismo es inclasificable (ni ciencia, ni filosofía, ni moralismo, ni mero guía de acción política), nos conduciría inevitablemente a aceptar su aparente opuesto: la ideología. Tampoco nos parece posible expresar, que para "comprender el marxismo, es preciso analizarlo a la marxista", a menos que aceptemos que dicha tautología nos invita a reflexionar sobre el status no científico del marxismo.

La ambigüedad epistemológica de la doctrina marxista, tiene consecuencias demasiado importantes, concretamente derrotas estruendosas y victorias a lo Pirro, como para mantener la actitud cínicamente inteligente de algunos (muchos) sacerdotes y monaguillos de aparato, que consiste en guardar silencio respetuoso en público e imponer la autocensura a los otros.

Preciso es responder con mayor claridad y rigor a un conjunto de preguntas, que constituyen los elementos esenciales del impasse teórico epistemológico.⁴

¿Qué criterios utilizamos para demostrar que el marxismo es una "concepción científica del mundo"?

¿Tienen algún fundamento empírico la postulación de "leyes de la historia"?

Socialismo y Democracia".

³ Los vínculos entre Marx y Platón a través del historicismo han sido expuestos de manera clara por K. Popper: "Misère de l'Historicisme", 1956, Ed. Plon; "La Sociedad abierta y sus enemigos", (1967), Ed. Paidós.

⁴ Las preguntas que se hacen no pretenden ser respondidas exhaustivamente en el presente texto. Esto implicaría, por una parte, establecer los criterios que definen la ciencia y los criterios de demarcación y por otra, comparar las proposiciones del marxismo con dichos criterios. Esta problemática es materia de una larga exposición que los autores proyectan desarrollar en un trabajo futuro.

¿Contiene el marxismo-leninismo criterios de predicción de los fenómenos sociales?

¿Qué lugar ocupa la experimentación social dentro del marxismo (y/o leninismo)?

¿Cuáles son los correlatos científico-técnicos de las "leyes dialécticas" ?

¿Tenemos interés en poseer una "teoría científica"?

De estas y otras preguntas, podrá perfilarse un esfuerzo serio por sobrepasar el impasse planteado. Particularmente nos parece indispensable reflexionar sobre la última cuestión, pues una respuesta franca nos evitaría más de una polémica inútil. En nuestro caso, nuestra respuesta es categóricamente afirmativa: si nos interesa desarrollar una práctica ligada a una teoría científica.⁵

En buena medida, a nuestro juicio, un abismo se ha producido y no termina de ensancharse, entre la visión ideológica socialista marcada por una tradición enciclopedista (la literatura de la "dignidad, el humanismo y la libertad") y aquella otra visión no menos libertaria que se apoya más directamente sobre las innovaciones que la tecnología moderna y el método científico han aportado a la comprensión del mundo. En cierta medida, polarización relativa, dos culturas (en el sentido de "saber hacer") se enfrentan o, peor aún, se rechazan ignorándose mutuamente. La conducta de los políticos se revela más adaptada a la forma literaria y metafísica, e insensible a las nuevas interrogantes abiertas por la investigación científica.⁶

Hacer un contrapunto se nos impone como una evidencia semántica. Hablar de humanismo encierra una trampa conceptual, la cual estamos lejos de ignorar. Los ideólogos liberales dieron un sentido metafísico a la noción de humanismo, mientras los científicos desarrollan un anti humanismo militante como rechazo a su significado metafísico. La paradoja política hace que tales términos tengan un doble significado: como expresión de un debate ideológico y como epítetos de descalificación política. Ser humanista significa en política actualmente repudiar las prácticas totalitarias. Por lo tanto, el que aparece como anti-humanista corre el riesgo de ser percibido (siempre en lo político) como un partidario de tales prácticas.

En ese sentido, rescatamos el valor político del humanismo como oposición a todo aquello que signifique un atentado a los derechos humanos; pero cuestiona-

⁵ Esta afirmación ha sido extensamente expuesta por uno de nosotros en el libro de A. Dorna y H. Méndez "Ideología y Conductismo" (1979), De. Fontanelia.

⁶ Hacemos alusión al libro de B.F. Skinner "Mas allá de la Libertad y la Dignidad" (1974), Ed. Fontanella. Igualmente, las conferencias dictadas por C. P. Snow en 1959 y 1963, publicadas posteriormente bajo el título "Las Dos Culturas"

mos dicha noción en el terreno ideológico, pues asumirla constituye epistemológicamente situarse en una tradición idealista y anticientífica.

La cuestión de fondo nos parece expresarse en los términos siguientes: nuestra cultura política de izquierda se ha encerrado a sí misma en las tesis del marxismo y sus exégetas contemporáneos; ungiéndolas como los postulados básicos de una visión científica de la sociedad, negándose "emocionalmente" a considerar otras perspectivas. Aun más, se ha mostrado impermeable a los hallazgos científico-experimentales, especialmente en el campo de las ciencias del comportamiento de los organismos vivos. Al mismo tiempo, ha evitado cuidadosamente plantearse hasta qué punto dicha doctrina *da cuenta de la realidad* y en qué medida se ha revelado un *instrumento capaz de resolver los problemas concretos* que su vocación práctica pretende poner en evidencia.

¿Dos paradigmas grotescos pueden ilustrar esta afirmación? el libro rojo de citas de Mao y la reciente experiencia de comunismo primitivo impulsada por Pol Pot en Camboya.

Más acá del absurdo (aunque real y concreto) de los ejemplos señalados, es posible discernir una lenta y dolorosa evolución de la dialéctica marxista en su deambular práctico: la resurrección paulatina de la metafísica en el seno del pensamiento marxista contemporáneo. Es decir, en términos propios al marxismo: la reaparición del idealismo filosófico.

Que se trate de un fenómeno de resurrección o de simple desarrollo de las posiciones metafísicas (esencialmente herencia hegeliana) dentro del marxismo, tiene una importancia relativamente secundaria. Pero sus consecuencias prácticas, en términos *metodológicos* son enormes, como trataremos de esbozar más adelante. Pues el criterio de "praxis" - como unidad de la teoría y la práctica - defendido por los marxistas clásicos y reivindicado por el neo marxismo contemporáneo, se revela empíricamente inaplicable, y filosóficamente inviolable.

El impasse resulta entonces crónico e insalvable, en la medida que será analizado y justificado *desde dentro* del marxismo mismo, refractario a la confrontación con los *hechos externos*, cuyo sentido pretende explicar a través de su propia lógica (dialéctica).

Las numerosas empresas intelectuales, muchas de ellas brillantemente expuestas, en torno a llenar los vacíos dejados por los clásicos (Marx y Engels), presentando al marxismo como una ciencia aun incompleta, condujo a una actitud de involución teórica y de veneración de los textos fundamentales de sus fundadores. Fenómeno insidioso, paulatinamente observable en la manera que aborda el problema la generación inmediatamente posterior a los clásicos (incluyendo a Lenin), y aquella que surge en las décadas del veinte al treinta: un desplazamiento gradual del centro de interés de la reflexión teórica; desde las preocupaciones políti-

cas ligadas al análisis de la estructura económica de la sociedad hacia la filosofía del ser y su existencia.

La irrupción de una relectura de Marx y una búsqueda del "pedigree" filosófico del marxismo, invirtiendo paradójicamente la propia trayectoria de Marx, se enraizará en la forma y el contenido que asume la reflexión de los marxistas occidentales, quienes harán figura de vigías intelectuales de un proletariado, cuyo sino revolucionario se mostraba inexplicablemente paralizado.⁷

Insistir en este aspecto, tiene una importancia menos banal, que el simple enunciado puede evocar para nosotros, intelectuales y socialistas latinoamericanos. Bien o mal, nuestra cuna doctrinaria y nuestras primeras fuentes de inspiración ideológica nos fueron transferidas desde dos centros de producción intelectual: el marxismo leninismo soviético y el marxismo occidental. El primero enraizado profundamente en el aparataje político y el segundo en las capas intelectuales. Ambos estarán estrecha y contradictoriamente ligados, utilizándose recíprocamente como coartadas y símbolos de la "unidad teoría y práctica", una suerte de contrapunto entre el liberalismo conceptual y la rigidez de la organización política.

La caracterización del "marxismo occidental" (de Lukacs a Goldman, de Korsch a Lefebvre, de Della Volpe a Colletti, de Benjamin a Habermas, de Sartre a Althusser, de Gramsci a Adorno, etc.) se nos impone, pues encierra más de una clave a nuestro propio impasse actual. Ajustar cuentas con las generaciones teóricas anteriores, nos permitirá al mismo tiempo que desarrollar la nuestra, entrar a explicar sus desastrosos efectos sobre la orientación y las conductas de nuestros cuadros dirigentes, cuyo destino teórico y práctico tienen un singular rasgo común: la derrota.

La involución teórica del marxismo contemporáneo se nos representa como un estallido enceguecedor de búsqueda en todas direcciones ante lo inexplicable y la inmensidad de la esperanza; paralelamente, una fijación impotente sobre las formas de utilizar el propio marxismo para comprender su dinámica: las cuestiones de método surgen cuando las bases epistemológicas se han desgarrado.

Sin pretender más que lanzar el debate (tema de un trabajo en elaboración) nos permitimos señalar cuatro ejes de reflexión:

I. - *Rasgos comunes e implicaciones prácticas.* Surgen como indicadores:

- a) Predominio de los filósofos profesionales (a excepción de Gramsci).
- b) Formulación dentro de marcos fundamentales nacionales.

⁷ Dentro de esta perspectiva se inscribe el reciente libro de A. Gortz "Adieux au Proletariat" (1980) y el libro de D. McDonald ("The root is man").

- c) Producción intelectual de exilio y expresión de derrotas del movimiento obrero.
- d) Relectura de Marx a través de algún filósofo anterior.
- e) Hostilidad hacia las ciencias naturales, experimentales y la tecnología.
- f) Adhesión masiva al PC. de la gran mayoría de dichos intelectuales.

II. - *Perspectivas y renovación temática.*

- a) Desviación de la problemática marxista hacia sistemas de pensamiento no marxista, desarrollando una simbiosis agonista.
- b) Predominio de las cuestiones de método intrínseco al marxismo.
- c) Completa insensibilidad frente a los descubrimientos científicos y técnicos del siglo (salvo como expresión negativa).
- d) Presencia señorial de Hegel "reivindicado", que planea tras la mayoría de las grandes obras marxistas occidentales (fenómeno del cual Lenin constituye un antecedente directo), salvo en el caso de Della Volpe y Colletti.

III. - *La psicologización de la problemática:* las huellas visibles del psicoanálisis (Freud tanto como Lacan) y en ciertos casos de Piaget, y por tanto el desplazamiento epistemológico hacia el mentalismo y el irracionalismo metafísico, cuya expresión "inconsciente" es una tonalidad melancólica y pesimista. Al mismo tiempo, búsqueda de nuevas temáticas humanistas tales como la estética, el arte y la literatura, cuyo sello es una interrogación profunda y desesperada frente a la ontología.

IV. - *Las grandes ausencias teóricas.* Nada más apasionante que descubrir la relación posible entre el impasse teórico-metodológico del marxismo clásico - que el marxismo moderno no hace más que explicitar - y el "impasse político" experimentado por quienes han adoptado el pensamiento marxista como marco de referencia globalmente orientador. El vacío de una teoría política en los fundadores, sólo tiene una cierta expresión en Kautsky, Lenin y Trotsky. Sin embargo, las revoluciones posteriores han invalidado la universalidad de la Revolución de Octubre y las formas de la toma del poder. La gran ausencia teórica, gira aún en torno a la clave de toda acción política coherente con los postulados mismos del marxismo (praxis): una teoría del poder. Incluso, el más político de los "marxistas occidentales", Gramsci, no hace más que especular sobre el rol del partido (Maquiavelo) y sus relaciones con la clase ("El Príncipe") imponiendo una impronta historicista a su reflexión sobre la "hegemonía" y el rol de los intelectuales. El soporte de la práctica, ausente de la elaboración teórica, hace de esta elaboración y especulación teó-

rica un elemento autónomo y funcional, cuya validez existencial no precisa de pruebas externas e independientes.

Un paréntesis se nos revela indispensable, pues en torno al legado gramsciano se han ido laboriosamente tejiendo ciertas ilusiones inconfesables. La introducción de Gramsci a la gran familia de padres fundadores del socialismo científico, se explica como una reacción lógica frente a un vacío cada vez más aguzado de la tradición marxista: la falta de una teoría política original. Sin embargo, en muchas ocasiones hacer un llamado al pensamiento de Gramsci no es más que un pretexto para acomodarse a una coyuntura política cada vez más ambigua. En ese sentido se incrustan las declaraciones programáticas de algunos representantes del socialismo chileno, quienes deseosos de borrar un pasado leninista se aprontan a vivirlo bajo otra denominación. Y Gramsci les va como anillo al dedo, pues incluso sin haberlo leído les procura una imagen más liberal y culta de sí mismos. ¿No es acaso Gramsci quien ha dado argumentos al PCI para adquirir una autonomía en el seno del comunismo internacional? ¿No es acaso a través de su lectura que las bases del eurocomunismo se han engrosado? ¿No es acaso en su fórmula "los intelectuales orgánicos" que se justifica plenamente la fórmula leninista, sin asimilarse por eso?

Una lectura superficial, a través de sus recientes vulgarizadores parece confortar numerosas almas militantes debido justamente a su sello más singular: La ambigüedad aparente de sus postulaciones.⁸

Gramsci muere con olor a santidad⁹, razón de más como para considerarlo un renovador original. Sin embargo, en nuestra opinión, su original renovación solo puede esgrimirse cuando se desconocen sus profundas concepciones ortodoxas, especialmente su lectura de Marx a través de Maquiavelo y su jubilosa exaltación de Lenin.

La ortodoxia gramsciana se manifiesta con toda su singularidad a través de dos tesis:

- La defensa de una idea de Estado y la autonomía de la superestructura, y
- La conservación de la impronta hegeliana de totalidad.

Gramsci representa la tentativa por reconciliar la tesis de la extinción del Estado con el reconocimiento de la autonomía de la esfera política. Al criticar la noción instrumental del Estado, como un simple aparato represivo bajo el imperativo de la clase dominante, encontramos una preocupación psico-sociológica que está le-

⁸ P. Anderson: "Sur Gramsci", Maspero, 1978.

⁹ Ilustra esta afirmación la actitud de los participantes en el Congreso de Estudios Gramscianos celebrado en Cagliari entre el 23 y 27 de abril (1967). En la sesión de apertura, un dirigente demócratacristiano comparó la figura de Gramsci con la de Don Sturzo y otro dirigente solicitó una edición nacional de las obras completas... ¡ a cargo del gobierno italiano !.

jos de carecer de interés. Ella lo conduce a ver en el Estado algo más: una cierta actividad a través de la cual la clase dominante no sólo mantiene y justifica su poder, sino también el consentimiento activo de los gobernados.

La desaparición del Estado es para Gramsci sólo la extinción de una parte del mismo. Es decir, aquello que debe desaparecer será la esfera de lo político-coercitivo, permaneciendo el resto de la sociedad civil: las funciones de dirección subsisten.

La cuestión de fondo nos parece fundamental: la naturaleza de la dirección en términos causales parece exenta de juicio valórico. La razón podría ser doble: por una parte, Gramsci discierne algo tan inquietante como es la vuelta a una concepción implícita de liberalismo político, y por otra el rescate de la noción de sociedad civil en un sentido identificable con las nociones de Estado como equivalente a gobierno. (Mas acá o más allá de Marx - tema de otro debate hermenéutico en el cual se deleita más de un "intelectual orgánico" - poco importa).

Queda aún una particularidad no menos insinuante: la actitud gramsciana frente a los medios que se transforman sutilmente en fines en sí mismos.

La identificación del Príncipe de Maquiavelo al partido de Lenin ilustra no sólo una visión forzosamente historicista, sino también totalitaria.

Con Lenin se perfila el verdadero rol del partido como el ser del proletariado. El hecho que no sea más que una pequeña parte de la clase obrera y que pueda ser dirigido por los intelectuales, no tiene una gran importancia; ya que el partido no representa a la clase obrera en un sentido suciamente representativo-burgués, sino en un sentido cualitativamente distinto: el partido es la clase en la medida que encarna su universalidad.

He allí cómo a los ojos de Lenin y de su comentador entusiasta, Gramsci, que las tesis del "¿Qué hacer?" son absolutamente democráticas, pues permiten actuar en beneficio de un proletariado que no tiene una adecuada conciencia "para sí".

En esa perspectiva el pluralismo no tiene ningún sentido en política: incluso es teóricamente imposible la existencia de varios partidos que expresen el sentir, o los intereses, de una misma clase social.

En suma: las implicaciones políticas son abundantes y aleccionadoras. Detrás de una cierta originalidad, descubrimos aquellas expresiones que la ortodoxia oficial confiesa a través de términos imperativos: dictadura del proletariado, revolución proletaria y concepción de partido marxista leninista. Sin embargo, su contribución, liberal, permite hablar tanto del "partido de todo el pueblo" como del "Estado de todo el pueblo": un Estado, una clase, un partido y una religión...

Un elemento nos parece aun destacable: en Gramsci encontramos los embriones de un análisis dual a propósito de la nunca bien ponderada e imposible unión entre la teoría y la práctica. Un cierto realismo político, debido tal vez más a sus referencias italianas que al germanismo marxista, lo coloca en una disyuntiva ante la cual pocos han extraído las conclusiones más lúcidas: la autonomía de lo político podría extenderse hacia toda la práctica por sobre la teoría.

He allí una dimensión escondida del impasse político y como su dependencia estrecha con las esferas explicativas y el marco de referencia epistemológico escogido, puede ser "dialécticamente" escamoteado y seguir otros derroteros; conservando aún las formas anteriores de formulación. Tanto una esfera como la otra, quedarían prisioneras de una supuesta solidaridad lógica, que visiblemente ha sido despedazada y la porfía mesiánica del mensaje pretende resoldar. En ciencia una teoría ineficaz debe dejar paso a otra más operacional. Sin embargo, en el terreno de la metafísica todo es posible, incluso transformar las derrotas en victorias y el azar en necesidad. Una vez que los juicios de realidad se convierten en juicios de valor, la estrategia actual se pervierte inexorablemente. Dejando tan sólo la esperanza y un amasijo de propósitos mesiánicos.

Ajustar cuentas con esa tradición especulativa y religiosa de tratar los hechos sociales, nos invita a replantear las preguntas que anteriormente hemos formulado, pues constituyen el punto de partida de una reevaluación concreta del status epistemológico de la doctrina y de un reencuentro experimental con la acción.

Los marxistas han evitado sistemáticamente confrontarse con los criterios y las reglas básicas del método científico, alegando una superación tanto de la metafísica como de la ciencia (positivista). En efecto, la tesis que defendemos consiste en mostrar que el camino especulativo seguido por el marxismo posterior a Marx, no es sino consecuencia directa del impasse metodológico y epistemológico del propio Marx, aun no resuelto.

Goldman, discípulo de Luckacs y uno de los expositores más lúcidos del marxismo occidental, se expresa de la manera siguiente: "cuando se trata de las ciencias humanas, todo concepto deviene complejo, ambivalente y cargado de riesgos de distorsión, en el caso de aplicarlo de manera abstracta a la comprensión de la realidad. Además - Marx lo clarificó -, *lo abstracto no es solamente la aplicación inmediata de conceptos generales sino igualmente los datos empíricos.*"¹⁰

Contra estas veleidades discursivas, el método científico se revela implacable. Cuando ni los datos ni el aparatage conceptual es capaz de dar cuenta de los enunciados del problema, como tampoco de sus aplicaciones inmediatas, parece legítimo interrogarse sobre el valor práctico de las abstracciones de la experiencia

¹⁰ La influencia de Goldman y su estructuralismo genético, fórmula revitalizadora de un psicologismo piagetiano, se ha hecho sentir fuertemente como un vocero autorizado de la cruzada anti positivista en las ciencias sociales. Esta perspectiva se trasluce especialmente en su obra "Sciences Humaines et Philosophie" (1966), Ed. Gonthier.

inmediata. Dilema en el cual la regla "todo es posible", es metodológicamente inaceptable.

En otros términos, la cuestión del impasse ha dejado de ser formulable en términos de "porque...", en cambio exige una urgente respuesta en función del "como...".

Nada más pertinente, en el justo sentido de "práctico", que enunciar el itinerario conceptual de una posible epistemología social experimental¹¹, herramienta indispensable en la construcción de nuestro objeto y método de análisis. Del mismo modo, considerar en toda su extensión, como las peticiones de principio de un enfoque científico han sido sistemáticamente violadas, o bien, están reñidas con la reflexión de la ciencia marxista: el rol y función de las hipótesis, la formulación operacional de los objetivos, la identificación de las variables en juego (identificación de parámetros observables), la objetividad de los resultados, la evaluación de los hechos, y las formas de corrección que establece la propia teoría, la utilización de la experimentación, etc.

La confrontación del marxismo, en tanto pretendida teoría y práctica política científica, y los criterios generalmente aceptados para identificar la demarcación entre ciencia y metafísica, constituyen material de un trabajo ulterior. No obstante, un breve punteo sobre los polos y maneras de reflexionar, cuyos caminos muchas veces se entrecruzan; aunque ciertamente conducen a mundos diferentes que no se tocan, puede *"esquematzarse"* de la manera siguiente¹²:

Posición lógico-deductiva

a) El conocimiento (científico), corresponde a la descripción de la verdadera naturaleza de los objetos, es decir, a su realidad esencialmente oculta.

b) El objetivo de la "ciencia" consiste en relevar las esencias y enunciarlas por medio de definiciones capaces de dar cuenta de los aspectos fundamentales (ocultos) de un fenómeno u objeto.

¹¹ Por epistemología social experimental entendemos aquel marco de referencia científico que nos permite interrogarnos sobre el tipo de preguntas que debemos formularnos en torno al socialismo, el cambio de sociedad y, al mismo tiempo, los métodos a través de los cuales daremos cuenta de aquello. Esta tesis se encuentra ampliamente desarrollada en A. Dorna "El Socialismo como un Proceso de Experimentación Social", Nueva Sociedad No. 45 (1979) y el último capítulo del libro de A. Dorna y H. Méndez, op. cit.

¹² Los problemas de demarcación entre ciencia y metafísica constituyen un punto insoslayable en la clarificación de las ideas en torno a las doctrinas, especialmente marxistas, y la práctica del socialismo. Un análisis notable al respecto lo constituyen las obras de Popper ya citadas y de Kuhn, tanto su conocido libro sobre "La estructura de las revoluciones científicas" y otros menos conocidos como "La Revolución Copernicana".

c) El tipo de interrogación que se establece implica plantearse especialmente: ¿qué es esto? ¿Por qué es esto?

Ej: ¿Qué es la energía?

¿Qué es el hombre?

¿Por qué hay movimiento?

d) La deducción lógica es la base tanto del razonamiento como de los criterios de verificación.

Posición lógico-experimental

a) El conocimiento científico procura descubrir de qué manera se comporta un objeto o fenómeno, en diversas circunstancias y especialmente si se observan irregularidades en su comportamiento.

b) El objetivo de la ciencia sería la descripción de los objetos y eventos de nuestra experiencia y la explicación de los mismos, estableciendo leyes universales.

c) El tipo de cuestiones a plantearse giran más bien sobre: ¿cómo se...?

Ej. ¿Cómo se puede aprovechar la energía solar?

¿Cómo se comporta el hombre?

¿Bajo qué condiciones se mueve un objeto?

d) La lógica experimental es la base del razonamiento y del procedimiento de verificación.

Esta breve sistematización de esquemas paralelos, extremadamente incompleta, tiene sólo la intención de llamar la atención del lector sobre el interés de confrontar su propia concepción de la ciencia (más aún cuando su base de reflexión es marxista), pues es una manera de avanzar por el camino de la clarificación de los conceptos que utilizamos, en lugar de emplear las categorías conceptuales como finas cimitarras vindicativas. Tener una u otra concepción del proceso científico, acarrea consecuencias muchas veces molestas, especialmente cuando se corre el riesgo de estar atornillando con un martillo. Que se tenga lo uno o lo otro, el problema no estriba en descalificar al uno por el otro, sino clarificar para qué los utilizamos.

Está lejos de nuestro ánimo, el pretender esgrimir el concepto de ciencia como un argumento de autoridad y un medio para descalificar los enfoques no científicos.

Sin embargo, nos parece deseable saber reconocer cuando estamos hablando de una cosa u otra. Que el marxismo sea o no científico, incluso que pretenda inventar su propia científicidad¹³, nos tiene sin cuidado. Claro está, que poder identificar de qué estamos hablando nos parece indispensable, pues de otra manera el diálogo se transforma en una ilusión semántica, un volador de luces o peor aún, un recurso retórico malsano.

En ese sentido, una regla metodológica elemental nos recuerda que el error se anida más fácilmente en la confusión y la ignorancia, que en el procedimiento mismo. El problema, dicho de otra manera, parece consistir en discriminar con mayor precisión, que es aquello que conocemos con vaguedad, pues los obstáculos del camino podrán ser sobrepasados con rapidez a condición de reconocerlos (identificarlos) y apartarse de ellos.

La piedra angular de nuestra reflexión, puede resumirse con las palabras de Bernard: "cuando hallamos un hecho que contradice la teoría imperante, tenemos que aceptar el hecho y abandonar la teoría, aun cuando ella esté apoyada por grandes nombres y posea una aceptación general".

La actitud científica se revela iconoclasta y anti dogmática. Incluso, un cierto grado de desapasionamiento se hace recomendable. No será "encariñándose con una idea o teoría" que el conocimiento se transformará en palanca para resolver los obstáculos que cubren el camino. Por el contrario, una gran dosis de insubordinación y de irreverencia se vuelven deseables.

Por desgracia, la actitud "marxista" es completamente otra: nuestros políticos e intelectuales proceden más bien en términos de sumisión a la autoridad; más aún, se han transformado en custodios del culto.

Nada muestra mejor las implicaciones político-prácticas de este estado de cosas, que la constatación cotidiana de cómo el marco "científico" que brinda el marxismo a los políticos que alardean del mismo, no tiene mucho que ver con sus actividades prácticas. Así, la "práctica política" adquiere una autonomía también funcional: un jefe de partido marxista-leninista sosteniendo un discurso antiimperialista, materialista histórico y clasista, no tendrá mayor inconveniente en ir al Departamento de Estado Norteamericano y concebir proyectos comunes.

¿Divorcio pragmático entre la teoría y la práctica? El hecho no parece causar el menor escozor epistemológico. Su aceptación utilitaria se transforma en reacción encolerizada cuando legítimamente pasamos a considerar sus implicaciones últimas, entre las cuales no escapará al lector anti dogmático, la siguiente: si mi marco de referencia teórico ("científico") no logra dar cuenta de mi práctica, ¿para qué me sirve dicha doctrina?

¹³ Como es el caso de Althusser y sus discípulos criollos.

Dicho de otra manera, en forma brutal: lo que en la práctica hacen y no dicen, ciertos políticos marxistas (leninistas) es simplemente reconocer implícitamente que su doctrina no les permite explicar y predecir, razón de ser de la teoría científica. En cambio, les sirve para justificar todas sus acciones. He allí, la transformación del marxismo en ideología.

¿Podemos continuar aceptando la fórmula cínicamente inteligente de aquel dirigente socialista que nos decía: " ¡No sean burros; en política esas cosas no se dicen, se practican!"?

El reproche fundamental que puede hacérsenos, consiste en expresar aquello que los propios dirigentes saben desde siempre; pero que es preciso ocultar con pudor y encanto de proxeneta.

Dilema espantoso, esquizofrénico, en el cual nuestra generación política se encuentra empantanada: poseer una "teoría todopoderosa" que es preciso abandonar toda vez que desea atenerse a la realidad concreta.

La imposibilidad de extraer las conclusiones de nuestra propia práctica, fundamenta por sí sola la urgencia y la importancia de replantearse dicha problemática, so pena de ser cómplices concientes, por tanto, responsables directos, una vez más, de nuevos holocaustos.

La vastedad del tema y sus múltiples resonancias, nos impiden describir en toda su extensión el significado apocalíptico a que nos ha conducido la visión totalitaria y totalizadora de una doctrina "todopoderosa" y cuyo compromiso con el hombre no ha dejado nunca de ser un enunciado abstracto, un deseo de situarse "en la más elevada profundidad", como diría el propio Hegel.

Nuestra generación no debe olvidar, *no debe nunca olvidar* que una teoría "todopoderosa", puede conducirnos a su contradicción. Puesto que la península del Gulag existe materialmente en muchos lugares, e ideológicamente dentro de muchas cabezas, y en relación funcional con un medio social determinado llamado mundo socialista. Bien entendido, jamás olvidar esos otros Gulag que las dictaduras de derecha imponen a nuestros países: nuestra condición de chilenos y socialistas lo exige.

En síntesis, podemos decir que resolver los problemas que sustentan nuestra acción política, pasa inevitablemente, por una parte, a través de los ajustes o eliminación de ciertas teorías, y por otra, a través de la incorporación a la práctica, de los aportes de la ciencia y la tecnología moderna, restableciendo el principio metodológico de Occam¹⁴, que establece la futilidad de pretender incorporar a nues-

¹⁴ El principio de Occam se refiere a una regla metodológica que consiste en prescindir de entidades superfluas, sin por ello negar dogmáticamente su existencia. Esta postura permitió a los nominalistas de fines de la Edad Media afirmar la experiencia verificable como punto de partida del conocimiento.

tro conocimiento (en caso de que pretendamos una teoría científica) aquellas nociones irrefutables por la experiencia.

Nuestras reflexiones críticas, en lugar de "abandonar pura y simplemente" las cuestiones planteadas por el marxismo, tienen un sentido profundamente positivo. La desmitificación hecha, es decir, subrayar el ambiguo status epistemológico del marxismo, encierra una valoración epistemológica distinta del mismo. En ningún momento, un desconocimiento de su importancia y proyecciones.

Un aspecto poco tratado por los propios marxistas, restituye a nuestros ojos, el valor del pensamiento y la acción de Marx, permite ubicarlo en un sitio privilegiado: su indudable y feroz defensa de un mundo mejor y su denuncia permanente de la injusticia mantenida por el capitalismo.

En cierta medida, aquello que W. Mills ha llamado el "mensaje marxista", pues dicha decisión (abogar por una sociedad sin clases) no se desprende de ningún conocimiento del futuro, conserva plena vigencia y mantiene su fuerza aglutinante.

He allí, una cierta autonomía funcional del mito que debe interesarnos tanto como su desmitificación.

La naturaleza profundamente ética y moral del "mensaje" marxista, tema raramente abordado por Marx y sus continuadores, puede ubicarlo a través de su rigor y su insistencia, en los hechos más que en las palabras, en una perspectiva que explica, en gran parte, su tremenda influencia tras un siglo de aventuras de la dialéctica.

Referencias

- Anderson, P., SUR GRAMSCI. - Maspero. 1978;
Bettelheim, Ch., LE MONDE. 29/04/80 - 1980; Marx et le moment actual.
Dorna, A., NUEVA SOCIEDAD. 45 - 1979;
Dorna, A.; Méndez, H., IDEOLOGIA Y CONDUCTIMOS. - Ed. Fontanelia. 1979;
Goldman, SCIENCES HUMAINES ET PHILOSOPHIE. - Ed. Gonthier. 1966;
Gortz, A., ADIEUX AU PROLETARIAT. - 1980;
McDonald, D., THE ROOT IS MAN. - 1980;
Popper, K., LA SOCIEDAD ABIERTA Y SUS ENEMIGOS. - Ed. Paidós. 1967;
Popper, K., MISERE DE L'HISTORICISME. - Ed. Plon. 1956;
Schumpeter, CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA. - Sin año de publicación; El Socialismo como un Proceso de Experimentación Social.
Skinner, B. F., MAS ALLA DE LA LIBERTAD Y LA DIGNIDAD. - Ed. Fontanella. 1974;
Snow, C. P., LAS DOS CULTURAS. - 1959-1963;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 50 Septiembre-Octubre de 1980, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.